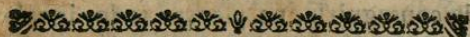


dos en ellas como el oro en el crisol, recibais la corona de la gloria, que prometió el Señor á los que le aman. Amen. DIXE.



SERMON

DE NUESTRA SEÑORA
DE LAS LAGRIMAS,

predicado en el convento de S. Antonio
Abad de Granada en la pascua de Es-
píritu Santo de 1778.

*Mibi autem absit gloriari nisi in Cruce
Domini nostri Jesuchristi, per quem
mibi mundus crucifixus est, et ego
mundo. Galat.*

Si alguna cosa hay fácil de persua-
dir á los mortales, es el interes de su
propia gloria. Formados á imagen de
Dios y para gozar de Dios, aspira-
mos todos naturalmente á ella. Hasta
aquí estamos de acuerdo; mas en ór-
den á la verdadera gloria, y medios

de conseguirla, no piensan todos igualmente. Acostumbrados unos á las máximas del siglo, y hechos á respirar su aire, miran como una especie de gloria incomparable todo este vano resplandor del mundo; el poder, digo, las riquezas, las magistraturas, la nobleza, los empleos honoríficos; por ellos se desvelan, por ellos suspiran, y en ellos colocan todas sus delicias. Otros, conducidos por el Espíritu de Dios, creen con el apóstol que un verdadero cristiano no puede hallar gloria sólida sino en la cruz de Jesucristo, y juzgan con arreglo á la moral del evangelio, que los medios de obtener tanto bien son las lágrimas penitentes con que se expian las culpas.

El verdadero discípulo de Jesucristo busca como S. Pablo su gloria en las tribulaciones; pues solo por medio de ellas pueden tener conformidad con la adorable imagen de su Redentor; condicion indispensable para ser salvos,

segun el mismo apóstol. Sí, señores, el Unigénito de Dios hecho hombre, humillado, abatido, despreciado, inalterable entre los insultos y oprobrios, y obediente á su Padre celestial hasta el momento de su muerte, es el perfecto modelo que nos debemos proponer, para ser participantes de su gloria: modelo que no debemos copiar sino con el pincel de las lágrimas; porque como afirma S. Juan Clímaco, si ellas no se nos comunicáran por Dios, serian muy pocos los que se salvarían.

Hasta el mismo Jesucristo, cabeza y exemplar de los predestinados, debió segun su oráculo sujetarse á los sufrimientos y á la ignominia de la passion, antes de entrar en su gloria: y como en quanto Dios no podia llorar, tomó nuestra naturaleza, que le proveyó suficiente caudal de lágrimas, como se explica Tertuliano, probando asi antes la hiel que los panales. María santísima asimismo, aunque libre

de toda culpa y mancha, no lo estuvo de un torrente de lágrimas que inundaron su alma sobre el monte Calvario; á presencia de la pasion y muerte de su hijo. Y hé aqui el fundamento de donde yo infiero su mayor gloria; porque juzgo en efecto, que estas lágrimas fueron gloriosas en su origen y por su objeto. Tal es la materia que me propongo ilustrar en un breve discurso digno de vuestras atenciones, y de mis endeblés conatos. Pidamos las luces del Espíritu Santo por la poderosa intercesion de María santísima. Saludémosla con el ángel.

Ave Maria.

Mihi autem absit &c.

Quando afirmo que las lágrimas de María al pie de la cruz fueron gloriosas en su origen y por su objeto, no debéis mirar esta mi proposicion como

una paradoxa inaudita, ó un entusiasmo poético de los muchos que se proferien con deshonor del sagrado ministerio. Es por el contrario una verdad irrefragable, que conocerá facilmente todo el que considere que la fuente y origen de estas lágrimas es el Espíritu Santo, y el objeto de ellas la adorable pasion de Jesucristo, Redentor del género humano; dos reflexiones que servirán de materia para vuestra instruccion, y os descubrirán el carácter glorioso de las lágrimas de María sobre el monte Calvario.

En efecto, señores, aunque algunos de aquellos que en el idioma de los mundanos pasan por espíritus fuertes, por una especie de afectacion estóica nos pretendan insensibles por hacernos constantes, degradándonos de la humanidad, para darnos el título de magnánimos; y aunque á este respecto afirmen que las lágrimas ceden en des crédito de un ánimo generoso, y en deshonor de la constancia, sin embar-

go, segun la justa economía de Dios en el plan de su providencia, y atendido el language del evangelio, son las lágrimas un signo sensible, y como un augusto sello de eleccion para la gloria verdadera. Jesucristo, sabio é infalible apreciador del mérito, llama bienaventurados á los que lloran, prometiéndoles en recompensa digna de sus lágrimas las consolaciones del Espíritu Santo.

Mas porque no aprendais por luz las que son tinieblas, ni por gloria lo que es oprobrio é ignominia, consagro esta primera reflexi6n á ilustrar esta máxima de nuestro Salvador, explicando cuál sea esta bienaventuranza, efecto del don de lágrimas, y haciendo patente cuáles deban reputarse obscuras, cuáles gloriosas, cuáles dimanadas del espíritu del mundo, cuáles originadas del Espíritu Santo. Separemos pues ante todas cosas la ignominia de las unas del honor de las otras; distinguiendo con el apóstol

las que vienen del Espíritu de Dios, de las que proceden de nuestras pasiones. Segreguemos para decirlo de una vez las que se originan de la que S. Pablo llama tribulacion de la carne, de las que resultan de tribulaciones de espíritu segun el sabio, para conocer mejor el mérito y el carácter de las de María.

Seria en efecto un error grosero persuadirse á que todas las lágrimas son gloriosas, ó que provienen todas del Espíritu Santo. Una imaginacion, por exemplo, tímida, como se explica un sabio, estravagante, inquieta, embarazada, es por lo comun origen de muchas lágrimas; un humor triste y melancólico, una emulacion desconfiada, aun sin tener rival; males que en lo fisico ni podemos proveer ni evitar; bienes que ni podemos obtener ni recobrar, son origen por lo comun de vuestro llanto, fuente de vuestras lágrimas. Cada vicio, cada pasion nos turba. Una desesperacion ambiciosa que no alcanza lo que solicita; una insa-

ciable codicia que os marchita, os devora y os consume; el descubrimiento de un artificio criminal que os empobrece y os deshonra; los bienes enteramente disipados por el juego ó por el luxo excesivo del vestido ó de la mesa; un favor adquirido por inicuas complacencias, que se disminuye ó que se acaba; el descubrimiento en fin de vuestras vergonzosas prostituciones, deidades de barro, idólatras de Adonis, amadores del siglo; ¿no son, os ruego, otros tantos artífices de vuestras lágrimas voluntarias? ¿No es el placer, ¡ó insensatos y ciegos partidarios del mundo! el oro, una belleza frágil, una vil criatura, ú otro miserable objeto de esta naturaleza, lo que perdido ó no conseguido por vosotros, fomenta las mas veces vuestros gemidos, y anima vuestros suspiros? ¿Llamaré yo en esta hipótesi gloriosas vuestras lágrimas? ¿Tendrán ellas el mismo origen que las de María? ¿Podré ponerlas á cu-

bierto de su propia ignominia? ¿Serán indicio de una eleccion que Dios hace de vosotros para su gloria futura? ¿O mereceréis en recompensa de ellas las dulces consolaciones que promete Jesucristo á los que lloran? Nada menos. Inficionadas estas vuestras lágrimas desde su mismo origen, serán cubiertas de oprobrio delante de Dios.

Consultando pues al evangelio y tradicion constante de la iglesia, solo llamo gloriosas en su origen aquellas lágrimas que se emplean en llorar nuestras culpas y las de nuestros hermanos: gloriosas llamo aquellas con que se llora la peregrinacion de esta vida, y la ausencia de la patria celestial, como los israelitas cautivos en Babilonia, quando sentados á las márgenes de sus rios, suspiraban oprimidos con la memoria de Sion: gloriosas finalmente llamo aquellas que tienen por motivo sobrenatural á un Dios ofendido; y estas mismas son las que nacen de superior impulso del Espíritu Santo, cuyo amor

y caridad las produce en nuestros corazones.

De estas lágrimas habla el Nacienceno cuando exclama: ¡ó feliz diluvio, ó lágrimas dichosas! que elevais á un alma penitente, aun estando próxima á caer en el abismo: de éstas habla el Crisóstomo cuando dice: nada es mas gozoso que estas lágrimas; ellas son las mas alegres que la mayor risa, y los que las vierden conocen su admirable suavidad: de éstas habló S. Agustin cuando dijo: que son mas dulces las lágrimas de los que oran, que el gozo de los teatros: de ellas habla el Crisólogo cuando exclama: ¡ó felices lágrimas de los pecadores! que regando el cielo, humedecen la tierra, y apagan el infierno: de ellas habla S. Basilio, llamándolas seminario del gozo, y aumento de la gloria: de ellas dice el Justiniano: ¡ó humildes lágrimas! vuestra es la potencia, vuestro el reyno: vosotras no temeis el tribunal del

Juez, no hay quien os impida acercaros á Dios; entráis solas, mas no volveis vacías. ¿Qué mas? venceis al Invencible, ligais al Omnipotente, inclináis al Hijo de la Virgen, abris las puertas del cielo, y ahuyentais al demonio; de estas habla la Doctrina cristiana, cuando copiando el oráculo de Jesucristo llama bienaventurados á los que lloran. Estos son finalmente aquellos gemidos inenarrables con que segun el apóstol interpela por nosotros el Espíritu Santo, haciéndonos gemir y llorar, como san Agustin se explica.

Tal es, señores, la verdadera idea que debemos concebir de las que llamo lágrimas gloriosas y bienaventuradas. Tal es su origen excelente, y el carácter singular que las distingue. Segun estos principios, ¿será temeridad afirmar, que las lágrimas de María dimanaron del Espíritu Santo? ¿Negaremos á nuestra augusta Madre un don concedido á tantos justos? El

don precioso de lágrimas, este privilegio singular, unido íntimamente con las consolaciones del Espíritu Santo, esta voz de la naturaleza muda, y sin mas articulacion que la que le comunica la gracia; pero que siempre es oída de Dios, ¿tendrá en María inferior lugar á aquel de donde en todo tiempo han dimanado las lágrimas de los demás santos? ¿Qué, osarémos negar á la Madre del Omnipotente lo que es forzoso conceder á Job en la pérdida de su familia y bienes, á Tobías en medio de su afliccion, á Jacob al ver ensangrentada la túnica de su hijo, á Judit en las calamidades públicas de su pueblo, á Raquel en la muerte de sus hijos, á la piadosa Ana en el oprobrio de su esterilidad, á Jeremías finalmente en la infelicidad de Israel?

Dimanaron todas estas de Dios. ¿Carecerian las de María de tan alto origen? Atendida la justa economía del Señor, que en la distribucion de sus

gracias sabe mezclar las lágrimas con los gozos, y las aflicciones con las glorias, y que se dignó preferir á María á todos los demás justos, atendido su augusto carácter de Madre y heredera del Crucificado, no pudo negarle aquel torrente de lágrimas que pedia con instancia el profeta, para llorar las calamidades públicas de su pueblo. Con esta gloriosa fuente de lágrimas debia regar el Espíritu Santo aquel huerto cerrado, obra de sus mismas manos, como habia prometido por boca del eclesiástico. De este mismo origen y manantial en fin debian salir los gemidos de aquella viuda, cuyas lágrimas, segun la escritura, regando sus mexillas, se elevaron hasta el cielo. Gloriosas pues debieron ser estas lágrimas dimanadas de tan alto origen, siendo uno mismo el espíritu que las causaba y exáltaba, que las humillaba y elevaba, que las animaba y aceptaba.

II. Ni deben reputarse menos gloriosas por su objeto que por su ori-

gen; pues si es este el Espíritu de Dios, aquel es la adorable pasión de Jesucristo, que respecto de María no fue menos gloriosa que dolorosa. Seguidme con atención. Es verdad que Dios en la tragedia augusta del Calvario puso presentes á María sin intermision sus lágrimas, como David se explica; es constante que se las dió á beber hasta embriagarla, como dice el mismo; es innegable que todos los profetas nos la presentan ya como una ciudad desamparada y viuda en la muerte de sus hijos; ya como desolada y oprimida todo el día de tristeza; ya como una muger verdaderamente fuerte, que corre apresurada al desierto, no tanto al olor de los unguentos, como al de las penas de su Hijo; ya en fin como una Madre afligida, á cuyos ojos ha desfallecido su luz, que busca, y no halla con quien dividir sus aficciones, ni quien la consuele sobre la tierra, porque su consolador se ha retirado mucho en

cumplimiento de sus divinos oráculos: es verdad que los padres y doctores de la iglesia nos la proponen triste, afligida y compasiva á presencia de un Dios hombre desfalleciente, sin especie ni hermosura, conculcado y despreciado, reputado entre inicuos, cubierto de ignominias, herido y humillado por Dios, hecho una vasta llaga, y semejante al pelicano del desierto; es verdad que al ver esta dura situacion de su dueño y hacedor, le alimentaba aquel pan de lágrimas que en otro tiempo á David, regando con ellas sus vestidos y la tierra: es verdad, según la tradicion constante de los padres, que estas sus preciosas lágrimas recibían aumento cuando consideraba sobre este horrible monstruo del pecado, que debiendo su origen al príncipe del infierno, deberá su consumacion al jefe de los réprobos: este misterio de iniquidad, que obrándose de día en día, se extiende á manera de torrente impetuoso por todas las generaciones. Pero es

igualmente cierto que la verdadera gloria de un alma justa sobre la tierra son las dulces consolaciones del Espíritu Santo, que no podemos negar á María en estas circunstancias; porque atendida la voluntad de nuestro Soberano Legislador, anunciada á los mortales por S. Pablo, María no menos que nosotros debió gloriarse en la cruz de Jesucristo. Es asimismo indubitable que María, Madre y heredera del Crucificado y de su Espíritu, debió tolerar gozosa su cruz; esto es, sus aflicciones, como de Jesucristo afirma el apóstol. Ni es menos cierto que los apóstoles, segun consta de sus mismas actas, iban llenos de gozo por haber sido hallados dignos de sufrir oprobrios en nombre de Jesucristo, y que S. Pablo se gloriaba en todas sus enfermedades y tribulaciones.

¿Mas para qué nos detenemos? ¿Es imposible, os ruego, observar el precepto de gloriarse en la cruz del Salvador, como de algunos otros pretenden

los impíos? ¿Ó por ventura no comprendió á María, que no podia ignorar la voluntad de su Hijo en esta parte, y que debió ser la primera en acreditar con su exemplo la observancia de las leyes? ¿Le faltaria acaso un ánimo generoso y pronto, ó los auxilios necesarios para conformarse con la adorable imágen de su Hijo; condicion sin la cual no serémos predestinados, segun el apóstol? Lejos de aqui, calumnias groseras; no pretendais obscurecer las glorias de María sobre el Calvario.

Pero mostremos ya con alguna individualidad los motivos poderosos de gloriarse que se presentaban al espíritu de María en el conflicto de sus lágrimas. ¿No veia, os ruego, elevado sobre el Calvario aquel estandarte glorioso baxo el cual debian algun dia alistarse todos los reyes y pueblos de la tierra? ¿No veia cumplidas las promesas del cielo, desaparecidas las sombras, pasado el tiempo de las figuras,

evacuadas las profecías, el deseo de los patriarcas satisfecho, venida la plenitud del tiempo? ¿No veía la ley antigua abrogada, abolidas sus ceremonias y sacrificios, profanos ya sus sacramentos y festividades, deshecha la sinagoga, y el templo antiguo abandonado? ¿No veía, como se explica un orador de nuestro siglo, la ley de gracia establecida, el nuevo testamento ya sellado, quitado el velo á las escrituras, subrogado el evangelio á la ley de Moisés, un nuevo orden de cosas, un orden mas sublime, mas recomendable, mas santo, una oblacion mas pura y mas preciosa, un pueblo mas fiel, sacramentos mas eficaces, templos mas augustos, ceremonias mas loables, leyes mas perfectas, gracias mas abundantes? ¿No veía que Jesucristo habia conquistado enteramente su reino, que habia recibido un golpe mortal la idolatría, confundida la sabiduría de los filósofos, destruidos los oráculos, vencidos los de-

monios, reconciliado el cielo con la tierra, satisfecha la justicia del Padre, vengada su gloria, concluida la mision de su Hijo, y conquistada por esto la gloria del Redentor? ¿No veía los gloriosos triunfos de la fe por el ministerio de los apóstoles, la constancia y trofeos de los mártires, la piedad y amor de los confesores, la pureza finalmente de las vírgenes? Motivos todos de tanto gozo, objetos de tanta gloria, que no pudieron ser suprimidos en el corazon de María durante la tragedia del Calvario que los producía. Es pues constante, señores, que las lágrimas de María no fueron menos gloriosas por su adorable objeto que por su origen.

Aprended, os ruego, vosotros á llorar y á gloriaros en la cruz de Jesucristo, si quereis recibir algun dia las dulces consolaciones del Espíritu Santo. Rociad vuestro pan y vuestro lecho con lágrimas, esta dichosa agua, este bautismo de penitencia, como un padre

se explica. La pasion de Jesucristo, las ofensas de un Dios sumamente bueno, la pérdida de su gracia, la ruina de vuestra alma ó la de vuestros hermanos, son solamente objetos dignos de vuestros suspiros, y los que únicamente pueden hacer gloriosas vuestras lágrimas. Llorad pues ahora, os diré con el Crisólogo, cuando se regocijan los impíos, á fin de alegraros cuando empiecen ellos un eterno llanto. Llorad ahora, repito con S. Macario, antes que entrando en la eternidad, despedacen á vuestros cuerpos vuestras mismas lágrimas.

Vos, augusta y soberana Madre, que en medio de vuestra mayor afliccion mirabais como gloria vuestra, y con una tierna complacencia y gozo espiritual la reparacion de nuestras almas y las humildes lágrimas de los penitentes, no mireis ahora con desden nuestros turbados corazones. Por vuestra intercesion pedimos á Dios humillados y contritos un precioso don de

lágrimas para expiacion de nuestras culpas. Indignos somos de tanto beneficio; pero sois Madre nuestra, Madre de misericordia, Madre de clemencia, nuestro asilo y refugio, dulce esperanza nuestra: á ti clamamos, á ti suspiramos en este valle de lágrimas: mostradnos despues de este destierro á Jesus vuestro Hijo, que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amen.

DIXE.